

ODAS BREVES

I

Á HIDALGO

Mil veces, Padre, en la nocturna calma,
del encinar bajo la sombra fría,
ó en los mares del trópico, tu alma
habló calladamente con la mía.
Y veces mil junto al rojizo fuego,
en la verde planicie y en el monte,
como la sombra de Elfenor el griego
te he visto descender del horizonte.
Á mí te acercas: hasta el cuello sube
tu ropaje talar, blanco y sencillo;
con religioso sobresalto avanzo,

asir la fimbria de tu veste alcanzo,
y besando tu mano, me arrodillo.

¡No, Padre, no! La voluptuosa Musa
que mis cantos eróticos inspira
acobardada y trémula, rehusa
la pindárica lira.

Es ninfa alegre cuya breve planta
huella los myrthos y el laurel en Creta,
es parda alondra que amorosa canta
en el balcón abierto de Julieta.
Es la Musa del goce y de la vida;
su labio moja lúbrico falerno,
no es la Musa robusta de los bravos
que apura, en las veladas del invierno,
el áspero licor de los esclavos.

Déjala, pues, en su Tibur dormida,
ó vagar, agitando el áureo tirso,
en la mármórea desnudez helena;
su voz, á los amores consagrada,

se eleva, como canto de sirena,
á los jónicos ritmos ajustada.

De Atenas y Hermes el secreto ignoro:
¡pasa, Padre, de mí, tu cáliz de oro!

Yo sé bien que la excelsa poesía,
del encumbrado olimpo guardadora,
no ha prorrumpido en cantos seculares
dignos de resonar en tus altares:
dulces panales de estival colmena
son nuestros cantos, hálitos de flores;
y nuestra inspiración, vana ó beoda,
sujeta siempre á femenil tarea,
no sube á los espacios de la idea
en las altas frementes de la Oda.

¡Aún aguardas tu epopeya augusta,
aún esperas el buril gigante
que ha de trazar tu gran bajo relieve

en las cimas eternas de la nieve,
 y rebusca hervoso el mar de Atlante
 al bardo que traduzca sus rumores
 y con ellos te cantel
 No te dimos piadosa sepultura
 en nuestros versos, cual á raudo Aquiles
 pentélico sepulcro dió la Grecia;
 tu sombra corre tras ignoro Homero,
 como la sombra del gallardo arquero
 en las cumbres nevadas de la Helvecia.

Pequeños somos para empresa tanta:
 ¡a la intacta cerviz de los volcanes
 sólo sube el condor, y al viejo Olimpo,
 por escala de montes, los titanes!
 Nuestra Musa, pueril y desmedrada,
 la débil musa del placer y el llanto,
 blandir no puede la terrible espada,
la alta espada del canto.

Sólo un poeta púgil, vigoroso,
 de nuestras grandes luchas viejo Alcides

que la corona de silvestre olivo
 ganó bizarro, presentar merece
 en forma escultural que no perece
 tu espíritu gigante, redivivo.
 Sólo él, Patriarca á cuya tienda acuden
 dispersas tribus con filiales dones,
 puede pulsar la lira septicorde
 á cuyo noble y entusiasta acorde
 en tropel se levantan los tritones.
 Es el poeta, ¡oh Padre! es el primero:
 alma sonora de tu pueblo, Homero!
 Alce ya el canto secular, y rompa
 en la cláusula ardiente de la guerra,
 suene su voz como bronceína trompa
 retumbando en las cuencas de la sierra.
 Infunda inspiración, vigor derrame,
 haga hervir nuestra sangre generosa,
 y los nobles espíritus inflame
 desde la cruz del Sur hasta la Osa.
 ¡Hiera, por, fin, la tierra, el férreo paso
 de tu egregio Tirteo,
 y piafe encabritándose Pegaso,
 domado por Orfeo!

Nosotros, los efebos sonrientes,
llevaremos cantando á tus altares
los jonios mirtos y las rosas sueltas,
como iban las canéforas esbeltas
á los templos olímpicos de Ares.

Á UN AMIGO

Mientras exhalen su lascivo aroma
los myrthos á Afrodita consagrados,
mientras espume generoso vino
en áurea taza, y corra enardecida
la sangre por mis venas—¡te lo juro!—
no dejaré jamás que en ocio grato
repose el corazón. En vano quieres
que del templo de Venus me desvíe
y que á Hermes fecundo me consagre;
filtro invencible mi vigor enerva,
ajena voluntad mi pecho manda,

y pues dueño no soy de mi albedrío,
 deja que en el retiro tiburiano
 abra todos mis poros al deseo,
 que yo, Felipe, como el gran pagano,
 jamo la forma y en la forma creol

No son perpetuas las fragantes rosas
 ni es eterno el amor: pasan fugaces
 los juveniles ímpetus; rendido
 quedaré como púgil inexperto
 que en los ístmicos juegos se fatiga,
 y entonces, burla de la edad lozana,
 hurtándome las Gracias sus favores,
 miraré cómo esquivan mi ventana,
 con burlona sonrisa, los amores.
 En tanto, amigo, que nerviosos puedan
 mis brazos apretar, y mis pupilas
 tengan á ratos resplandor de acero
 y malicia de víboras; en tanto
 que mis ruegos atiendan favorables,
 las Cintias, Lydias ó Gliceras, vano
 tu consejo ha de ser: húmedo césped
 tiende su alfombra en el retiro umbroso,

el sol la sangre juvenil caldea,
 zumban enamorados los insectos,
 cisnes gallardos pensativos siguen
 del lago azul en las dormidas linfas,
 ¡y, enfurecidos, á las blancas ninfas
 los sátiros caprípedos persiguen!

Á DYONISOS

Nada mejor que el vino. Ya se apure
en pobre taza de pulido barro,
ó ya lo escancie joven Ganimedes
en áurea copa, á su poder supremo
huyen despavoridos los dolores;
Venus propicia nuestra voz escucha,
y al clamor juvenil cediendo grata,
vencida al fin en amorosa lucha,
las cintas de su túnica desata.

No tracéis en el gran bajo-relieve
del templo secular, al buen Dyonisos

con decrepito aspecto y lengua barba;
sus ojos el insomnio no sombrea,
ni con mirada turbia ve impasible
la danza de las ninfas. Fuerte y joven
persigue á las traviesas hamadriadas,
retoza con las náyades esbeltas,
y Erígone gentil de trenzas sueltas
le concede sus gracias codiciadas.

El ebrio que rojizo y mofletudo
anda con paso soñoliento y tardo,
en nada se parece al Dios gallardo
que juega con las ménades desnudo:
fresca la sangre por sus venas corre,
húmedas rosas su cabeza ciñen,
y de las gracias en el núbil coro
sin áureo cetro ni flotantes ropas,
de la cratera cincelada en oro
derrama el néctar en las hondas copas.

Sus pisadas alígeras despiertan
al amor fatigado que dormita,

sus dedos cierran, con sūave peso,
 los párpados dolientes de la pena,
 y si al triclínio se aproxima, suena
 en cada boca de mujer, un beso.

¡Oh, padre Anacreón, canta á Dyonisos!
 Otros en honra del augusto Zeus,
 de Poséidon cerúleo y Afrodita,
 el épodo triunfal canten sumisos;
 tú que á los vates del placer presides,
 celebra al Dios de las jugosas vides:
 ¡Oh, padre Anacreón, canta á Dyonisos!

Á LYDIA

¿A cuántos engañaron tus promesas,
 oh, Circe habilidosa? ¿Cuántos, dime,
 tus rojos labios de coral mordieron?
 ¿Cuántos de tus burlados amadores

como propicias víctimas murieron?
 Yo sé que todo cuanto dices, Lydia,
 es calculada red engañadora,
 que no hubo en el mundo más perfidia

ni mar, cerúlea ninfa, más traidora.
Pero disfrute yo de tus halagos,
y sienta de tu boca estremecida

la caliente humedad cuando me besas,
y mientan en buen hora tus promesas,
aunque me cueste el despertar la vida.

Á KÁMER

Versos rotundos de belleza antigua
quisiera para ti: la griega lengua
sobria y hermosa, y juvenil y fuerte,
como la Diana Cazadora, fuera
la única digna de cantar tu gracia;
por eso embebecido te contemplo,
y mi canción, que tu beldad celebra,
es como arroyo débil que se quiebra,
en las gradas de un templo!

En torno tuyo vagan los deseos,
como abejas en torno de una rosa:

tu mirada es el beso prometido,
 tu andar es la cadencia silenciosa;
 cuando pasas, á labios y pupilas
 en tumulto se asoman los amores
 para verte en silencio y admirarte,
 como al pasar el vencedor de Marte,
 salen los niños á arrojarle flores.

Y tú pasas ¡oh, joven vencedor!
 terciado el arco en la marmórea espalda
 ¡mozos y viejos cantan tu hermosura
 de pie sobre tu carro marfilinol
 Mueven el aire sonoras palmas,
 y cuando llegas, cual si un Dios llegara,
 se arrodillan las almas.

Nada á tu gloria falta: ni poetas
 que halaguen blandamente tus oídos,
 ni el doliente gemir de los vencidos
 que á tu carro magnífico sujetas.

Jamás la forma que el poeta admira
 tuvo más noble encarnación humana,
 ni con blando compás y jonia lira
 te pudo enaltecer musa pagana.

Todo palpita en tu presencia, diosa;
 no divides tu imperio con ninguna,
 y reinas en las almas por hermosa
 muy más que por sus dádivas, Fortuna.

¿Quién huye de tus dardos? ¿Quién no quiere
 ser víctima en tus aras ofrecida?
 ¿Quién, á la muerte con tu amor, prefiere
 los efímeros goces de la vida?

Sed insaciable de hermosura lleva
 mi voluntad á ti; tu forma veo,

y con espasmos de placer se abreva
en tu mórbido encanto mi deseo.

El alma entonces de placer expira,
la boca tiembla, el seno se levanta,
tus ropas huyen... y la tierra gira
—¡oh Venus inmortal!—bajo tu planta...

A UNA TÍMIDA

Si no fuera tan breve
esta que disfrutamos vida escasa,
rogárate que en nieve
trocaras ese fuego que te abrasa.

Mas son los inmortales
muy avaros del tiempo: nos lo miden
y en partes desiguales,
para que alcance á todos, lo dividen,